



SUMARIO

ORESTES VELL DO
De parranda.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
El encanto del pecado.

MANUEL SORIANO
La señora diablo.

A. ORTEGA
...Y los sueños, sueños son.

JULIO ESTÉVEZ
Los puños de Margarita...

FÉLIX RECIO
Epigramas.

JACINTO CARMÍN
Nuestras cocotas.

FERNANDO S. YESTE
Cómo caen muchas mujeres.

LUIS DE OSSA
¡Amor!

GONZALO CANTÓ
Corrente Calamo.

TOVAR, DEMETRIO, UCETA,
ESTEVANILLO, ALFONSO y ENRIQUE
Caricaturas y retratos de Pilar Caudet,
Cecilia Gálvez y otros dibujos.



PILAR CAUDET

«Divette» valenciana, muy gentil y muy mona, que ha ganado dos ó tres premios por bonita, y gana aplausos por su voz y su gracia en los escenarios que aparece..

5 cénts.



I

Llegó un paleta á un convento
y preguntó á la tornera:

—Hermana: en este aposento...

¿hay una monja de Quénto
que tiene la madre fuera?

La tornera, sorprendida,
por el alma, pecadora,
consultó á la Superiora,
quien se presentó en seguida.

—Hermano: ¿qué deseais?

—dijo con mística unción—;

y el paleta, bonachón,
se apresuró á contestarle:

—¡Dígale que vengo á darle
un recaó... sobre un colchón!

II

A la puerta del portal,
taller de un ruin cuchillero,
colgado había este letrero:
«Se echan vainas desde un real.»

Cruzó, deprisa, Pascual;
y una faca, que llevaba,
á su mujer la entregaba
diciendo, desde el umbral.

—¡Maestro, ahí va mi mujer,
que le lleva á usted faena;
échele una vaina güena
que yo no tardo en golver!

III

Disputaban sin razón
(por cuestiones de aceituna)
dos labriegos de Porcuna,
en la taberna de Antón.

—¡Cállate... ó te salto un ojo!

—gritó el más viejo, borracho—;
y contestóle el muchacho:

—¡De un palo... le dejo cojo!

—¿Alzarme la voz á mí?
—rugió el vejete ladino—;
y el jovenzuelo, mohino,
respondió fuera de sí:

—¡A'sté ¿qué? ¡vamos á ver!
Y dijo el viejo:—¡M'espantal
¡A mí no me la levanta
naide más... que mi mujer!

IV

Entró la Blasa á servir
en casa de la Tomasa,
teniendo el vicio, la Blasa,
de tocarse... la nariz.
Tanto el dedo introducía,
tan amenudo y tenaz,
que logró ponerse el naz
lo mismo que una zandía.
Observándolo Tomasa,
al doctor mandó llamar,
quien, sin hacerse esperar,
presentóse, al punto, en casa.
La Tomasa, previsora,
dijo al galeno... muy quedo:
—¡La chica se mete el dedo
de cuarto en cuarto de hora!
—¿Dónde y cómo...?

—En la nariz.

—Vamos hija... ¡qué torpezal
¡Vicios de naturaleza
difícil de corregir!

Sacó el doctor una sonda,
y observando la hinchazón,
con alguna precaución
la metió, bastante honda.
Y la criada, en su duelo,
le decía al doctor Pez:

—¡Métamela usted otra vez,
que me da mucho consuelo!

Orestes Vellido

césped. En seguida oprimió con rabia entre sus dedos la divina cabeza de ella y la atrajo con ímpetu hacia sus velludas y hercúleas piernas.

Ella, roja, sofocada, no se defendía ya. Entreabrió sus purpúreos labios y... consumó el sacrificio por lo que la ciencia médica llama acto de succión.

Bien es verdad que estas clases de caídas, con ser más repugnantes que otras, no afrentan á las hembras ni las impiden tomar estado, porque son caídas, desgraciadamente, que desconocemos todos.

Fernando S. Yeste



¡AMOR!



CURRIÓ este lance hace pocas noches en la calle de San Marcos, á las dos de la madrugada. Mi amigo Eduardo Pérez salía... (¡vayan ustedes á saber de dónde!) cuando una *desnudable* alta, gruesa y

no mal parecida, le detuvo poniéndole sobre el pecho una mano blanca, que olía á violetas.

—¿Dónde va usted?

—A mi casa.

—¿Tan temprano?

—¿Qué quieres? Soy así; esclavo de las buenas costumbres.

—¿No tiene usted ganas de ver un cuerpo bonito?

—¿Cuál?

—El mío.

—Gracias; pero no puedo aceptar tu ofrecimiento generoso. No llevo dinero...

Luego, deseando mostrarse galante, invitó á su interlocutora á beber una copa

de aguardiente en una taberna próxima. La joven aceptó. En pie, delante del mostrador y bajo la luz blanca de las lamparillas eléctricas, Eduardo y su amiga se examinaron curiosamente. Ella le escudriñó atenta, con una curiosidad interrogadora que desmenuzaba los menores detalles de su persona y de su traje: el color de la corbata, el corte del pantalón, el estado de las botas. Realmente, Pérez, si bien pasó ya de la primera juventud, no es un hombre «definitivamente» feo.

—Aunque no tenga usted dinero—dijo ella—no importa; me gusta usted. Venga usted conmigo.

—¿Cómo?

—Venga usted.

—Pero.. ¿así?—repuso Eduardo haciendo con los dedos índice y pulgar de su mano derecha ese gesto conque, en todos los países, se expresa el dinero.

La joven contestó:

—Así.

Pérez se alzó de hombros con aire indiferente y desengañado.

—Vaya, niña—dijo—esas son bromas. ¿Cómo voy á creer yo que una mujer como tú, va á enamorarse de mí de manos á boca?

Mas, como ella insistía poniéndose muy



El parroquiano.—¡Parece mentira que una muchacha de tus méritos esté en un sitio como éste!... ¡Por qué no tomas otro rumbo?

La interpelada.—¡Ay, chico, he tomado tantos, que ya no sé por dónde tomar!...

seria, él aunque á regañadientes y como quien teme una celada, se dejó convencer. Subieron al piso segundo de una casa de la misma calle y penetraron en una alcoba grande y estucada; un amplio lecho de nogal ofrecía su panza hospitalaria y tolerante bajo una colcha roja; sobre la mesilla de noche ardía un quinqué. Eduardo Pérez advirtió que los visillos de una puerta de cristales, herméticamente cerrada, se movían...

—En ese otro dormitorio—pensó—también hay gente.

Ella le abrazó.

—Soy tuya—murmuró.

—¡Míal... ¿Es posible? ¿Y hasta cuándo?

—Hasta que quieras. Hace mucho tiempo que ningún hombre me gusta tanto como tú.

Las cortinillas de la misteriosa puertecilla de cristales volvieron á agitarse, como si una mano trémula las sacudiese. Pero Eduardo ya se había olvidado de todo...

Ocho días después, Pérez y su amiga de una noche, se tropezaron en la calle de Peligros, y él se detuvo para saludarla. La joven le recibió con una sonrisita cortante de ironía.

—¿Tú habrás creído—dijo—que yo había llegado á enamorarme de tí?

—Eso no lo creí nunca. Únicamente el capricho—dijo él.

Ella le interrumpió:

—¿El capricho de pertenecerte? ¡Cá, tonto!

—Entonces...

—Menos que eso.

—No comprendo...

Pérez empezaba á desconcertarse. Ella, viéndole desorientado y no queriendo prolongar la broma más tiempo, concluyó gravemente:

—Te llamé, porque en la alcoba contigua á la habitación que nosotros ocupamos, había un individuo, un tipo raro... que me daba cincuenta pesetas por verme entre los brazos de un hombre. Eso fué todo.

Escarmienta, lector pío.

No hay seducciones desinteresadas. Todas las mujeres cuestan algo: las más baratas, dinero ó disgusto. Otras, las peores, la libertad; cuando no el ridículo. El amor sirve sólo para limpiar metales.

Luis de Ossa

CURRENTE CALAMO

Tres ingenios de esta corte dieron en llamarme viejo, cuando estoy forte que forte y... no tengo tan mal porte, según me dice el espejo. Más de una joven repara en mí, con gran interés, —miren qué cosa tan rara— ¡cómo serán esos tres pollos, que no dan la cara! Mas como la juventud del día, pulsa... el laud con tanta y tanta frecuencia, pasa, de la adolescencia rápida á la senectud. A comer fué con Inés el más joven de los tres pollos, que no han dado un ripio, y, según supe después, no comió... ni del principio. Si aunque le mimen y soben no come arroz con conejo —por mucho que se lo adoben— ¿qué hará después este... joven que á su edad está hecho un viejo?

Gonzalo Cantó



“DE TELÓN ADENTRO”

Con este título ha publicado D. Fernando Porset un libro muy curioso, en que recoge varias entrevistas que ha celebrado con actrices, triples y «divettes», algunas muy bonitas.

Merecen leerse. Y eso que el Sr. Porset se ha dejado en el tintero lo más sustancioso. A juzgar por el retrato suyo, que aparece en la segunda página del librito, el autor es joven, «moreno y ardiente». ¿Por qué no ha referido «lo que le pasaba» junto á esas artistas? Hubiera sido curioso.

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

* REVISTA FESTIVA *

APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:
HUERTAS, 43, PRIMERO



Apartado de Correos número 547.
MADRID